

Conocimiento y acción en la Arqueología Aplicada

Knowledge and action in Applied Archaeology

David BARREIRO MARTÍNEZ

Laboratorio de Arqueoloxía da Paisaxe. Instituto de Estudos Galegos "Padre Sarmiento" (CSIC-XuGa).
Rúa San Roque, 2. 15704-Santiago de Compostela. A Coruña. phdavidb@usc.es

Recibido: 13-06-2005
Aceptado: 20-09-2005

RESUMEN

Desde hace más de quince años venimos asistiendo a la eclosión de una arqueología desvinculada de su tradicional ámbito académico y a su conversión en una profesión 'liberal', en paralelo a la caída definitiva del paradigma neopositivista y al auge de la preocupación política por la gestión del patrimonio. Desde el campo de la investigación en arqueología, este proceso no está exento de problemas epistemológicos y axiológicos, pero, además, es un proceso susceptible de ser estudiado desde perspectivas no arqueológicas (filosóficas, sociológicas, políticas). Las múltiples dimensiones que presenta el problema del divorcio entre gestión e investigación son asimilables a problemas que superan el ámbito de la arqueología para remitirnos a viejos debates filosóficos. Aquí trataremos de sentar las bases teóricas de nuestra propuesta: una Arqueología Aplicada que intenta superar dicotomías que paralizan tanto el conocimiento como la acción y que permite una gestión del patrimonio arqueológico integrada en la práctica discursiva del sistema pero que apunta más allá de sus condicionantes inmediatos.

PALABRAS CLAVE: Arqueología comercial. Arqueología aplicada. Gestión del Patrimonio. CTS (Ciencia, tecnología y sociedad). Modernización. Pragmatismo. Teoría Crítica.

ABSTRACT

For more than fifteen years we have been witnessing the birth of a type of archaeology that has become disconnected from its traditional academic environment, and its conversion into a 'liberal' profession, alongside the definitive decline of the neo-positivist paradigm and an increase in political concern for heritage management. From within the field of archaeological investigation, this process is not free of epistemological and axiological problems, although it is also a process susceptible to be studied from non-archaeological perspectives (philosophical, sociological and political). The multiple aspects presented by the problem of the 'divorce' between management and investigation may be compared to problems that go beyond the field of archaeology, where we may turn to old philosophical debates. In this paper we will attempt to lay down the theoretical foundations for our proposal: an Applied Archaeology that attempts to overcome dichotomies that paralyze both knowledge and action, and which allow for a type of archaeological heritage management that is integrated within the discursive practice of the system, but which goes beyond its immediate conditioning factors.

KEY WORDS: Contract Archaeology. Applied Archaeology. Heritage Management. STS (Science, Technology and Society). Modernization. Pragmatism. Critical Theory.

SUMARIO 1. Introducción. 2. Pragmatismo crítico. 3. Entre la ciencia y la técnica. 4. Conclusiones.

1. Introducción

Desde hace más de una década, es patente el cambio que ha sufrido la disciplina arqueológica (en España, algo más tardía que en otros países del entorno). El debate en torno a la sucesión del paradigma neopositivista implica un cambio sustancial en las bases epistemológicas de la disciplina. Esto es algo ya sabido, y ya ha sido analizado por numerosos autores (Shanks y Tilley 1988; Hodder 1988; Criado 2001b entre otros) al hilo de las discusiones suscitadas en torno al post-procesualismo.

Pero, paralelamente, ha tenido lugar otro cambio. Un cambio que afecta de raíz a la configuración social de la disciplina, y que no ha motivado ni de lejos el mismo interés por parte de la teoría arqueológica. Este cambio es el que ha sacado a la disciplina de su tradicional reducto académico para, en consonancia con las nuevas políticas de gestión del Patrimonio Cultural, consolidarse como una profesión “liberal”, encarnada por sujetos profesionales autónomos, independientes de las instituciones académicas, y como un ámbito más de la Administración.

A pesar del desinterés general sobre este tema (al menos, sobre el papel), hay que recordar que sí ha sido tratado por algunos autores, bien mediante análisis sobre la condición profesional de ese nuevo sector “comercial” (Martínez 1990; Díaz-del-Río 2000), bien mediante un acercamiento a los problemas generados por esta división entre una “arqueología de investigación” (supuestamente asociada a la actividad académica) y una “arqueología de gestión” (asociada a la actividad comercial) (Vicent 1991; Criado 1996a, 1996b; Querol y Martínez 1996).

Nuestra intención en este trabajo es abordar esta problemática atendiendo a cómo afecta a los planos epistemológico y axiológico de la disciplina. Y ello porque los indudables avances teórico-metodológicos en la cuestión de la gestión del Patrimonio Arqueológico (Darvill 1994; Ruiz *et al.* 1996; VVAA 1998; Heritage Council 1998, 1999, 2000a, 2000b; Deeben *et al.* 1999; Burillo 1999; González 1999; Barreiro 2000; Amado *et al.* 2004 son sólo algunos ejemplos) no han propiciado una solución al debate, sino su abandono a favor de investigaciones y desarrollos libres de problemas epistemológicos y centrados en alcanzar un tratamiento lo más sistemático posible de las contingencias implícitas en la arqueología comercial, generalmente en el marco de las políticas de protección del medio

ambiente o de ordenación del territorio (Rodríguez 1998; Muñoz 1998; Llavori 1998), y en consonancia con recomendaciones de alcance internacional (Willems 1998).

En nuestra opinión, la pervivencia de este debate no puede ser obviada: la arqueología comercial debe mantener sus vínculos con la arqueología entendida como actividad científica y crítica. Optar por mantener una línea de desarrollo tecnológico y metodológico sin un marco teórico-crítico que le proporcione una cobertura es un error, y reproduce además la dinámica que subyacía al funcionalismo como paradigma, donde las exigencias sistémicas marcan la pauta del saber. Esto no es una muestra de ingenuidad acerca de las condiciones reales de trabajo para la inmensa mayoría de los arqueólogos y la dificultad de mantener dichos vínculos en esas condiciones, sino una llamada de atención a la Academia, en la que nos incluimos, y que es el ámbito que debe mostrarse receptivo a las inquietudes manifestadas tanto por los arqueólogos que trabajan para la Administración como por los que ejercen su profesión al margen de las instituciones.

Así, el presente texto se inscribe en la trayectoria que, desde principios de la década de los '90, mantiene el Laboratorio de Arqueología del Paisaje (antes dependiente de la Universidad de Santiago de Compostela y hoy vinculado al CSIC, aunque indisolublemente unido a su Unidad Asociada en dicha universidad, el Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente y Paisaje). Buscar la integración de los distintos componentes sobre los que hemos ido construyendo nuestro propio campo de actividad ha sido una preocupación constante de nuestro grupo de trabajo.

La prestación de servicios comerciales especializados, (relacionados, sobre todo, pero no exclusivamente, con actuaciones de gestión de impacto arqueológico de obras de infraestructura) que genera buena parte de los recursos necesarios para el mantenimiento y reproducción del grupo. Este componente se relacionaría con el ámbito de la *aplicación* (y aquí seguimos la distinción de Javier Echeverría entre los campos de innovación, educación, aplicación y evaluación: 1995a, 1995b), en la medida en que se trataría de llevar a la práctica los productos y resultados procedentes del ámbito de la *innovación* (que, para entendernos, aunaría tanto lo que se denomina investigación básica como aplicada, aunque nosotros descartemos el uso sistemático de estos ambiguos conceptos).

El desarrollo de un programa de investigación en Arqueología del Paisaje, que proporciona un marco teórico a la vez que se alimenta de los datos generados por la prestación de servicios. Aunque no sólo, éste es el componente que más propiamente se relacionaría con lo que sería la vertiente “básica” del ámbito de *innovación*.

La necesidad de fortalecer la dimensión pedagógica de la arqueología, tanto cuando se dirige a la formación de personal especializado (a través de la organización de cursos de especialización, por ejemplo) como cuando lo hace hacia la divulgación y difusión de los valores asociados a la Arqueología y el Patrimonio (a través de actuaciones de revaloración, que hoy por hoy se están convirtiendo en una importante fuente de recursos, pero también mediante publicaciones propias, así como mediante la organización de seminarios y conferencias de temática variada). Ésta es la dimensión que se englobaría en el ámbito de la *educación*, inseparable, como decimos, de la actividad científica entendida como un todo integrado.

La definición de una estrategia valorativa e interpretativa que abarque la totalidad de las acciones desarrolladas por nuestro grupo de investigación es un tema que ya ha sido hace tiempo diseñado y formulado en sus planteamientos básicos (Criado 1996a, 1996b), por lo que, en cierta forma, lo que aquí se propone es una actualización de dicho planteamiento a través de una nueva perspectiva. Creemos que la integración entre estas áreas y ámbitos de trabajo puede y debe llevarse a cabo a través del diseño de un programa de investigación específico, que complementa a la Arqueología del Paisaje pero que convierta a la propia actividad arqueológica, y su dimensión social, en el objeto de estudio (este es el componente que hasta ahora no había sido abordado por nosotros de forma sistemática, y que entraría en el ámbito de la *evaluación*, si nos atenemos a la propuesta de Echeverría).

En un principio, una arqueología entendida como prestación de servicios podría ser concebida simplemente como ‘arqueología comercial’. Sin embargo, lo que nosotros postulamos es una arqueología que reintegre la dimensión científica y la comercial, que denominamos Arqueología Aplicada, y cuyas bases teóricas constituyen el núcleo de este trabajo.

De entrada, cualquier arqueología (y vamos a mantener puntualmente, para evitar confusiones, la distinción entre arqueología de gestión y de inves-

tigación) es práctica social, pero es que la arqueología “de gestión” presenta una serie de características que la convierten en una actividad profundamente inmersa en la acción social. Por ello, es en el campo de los estudios sobre Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS), surgidos precisamente a causa del declive del paradigma neopositivista, donde debemos buscar ese marco teórico-crítico. En España, algunas referencias básicas para aproximarse al tema serían Lamo *et al.* (1994), Iranzo *et al.* (1994), González *et al.* (1996) y Echeverría (1999). A nivel internacional, la cantidad de referencias existentes y la diversidad interna del propio campo CTS dificulta el poder ofrecer una síntesis adecuada. De trabajos recientes podríamos destacar a Funtowicz y Ravetz (2000), aunque una referencia que sintetiza los avances logrados a principios de la década pasada podría ser Pickering (1992).

Sin profundizar en las características de estos estudios, podemos resumir su razón de ser en el abandono (o posposición) de las preocupaciones epistemológicas clásicas (objetividad, verdad) para pasar a centrarse en las características de la actividad técnica y científica en cuanto prácticas socialmente constituidas. Es decir, el campo CTS surge bajo las tendencias reflexivistas que, en el campo de la sociología de la ciencia y el conocimiento científico, nacen con la crisis de la “concepción heredada”.

Como señala Bourdieu, “lo no-analizado de todo análisis científico (subjetivista como objetivista) es la relación subjetiva del científico social con el mundo social y con la relación (social) objetiva que implica esta relación subjetiva” (Bourdieu 1991: 53). Por lo tanto, ni la ciencia ni la técnica son neutrales axiológicamente; y la arqueología no es una excepción. La propia actividad arqueológica se puede considerar así como un objeto de estudio para ella misma, incluyendo dentro de este campo de estudio las implicaciones que la arqueología puede tener en tanto asunción y generación de unos determinados valores.

La asunción de este presupuesto obliga a retomar el debate en torno a la supuesta dicotomía gestión-investigación. En nuestra opinión, los problemas implícitos en este debate siguen siendo de índole epistemológica, no sólo política o sociológica. Es decir, no se trata de enfocar la cuestión pensando en una supuesta afinidad a un poder establecido, por parte de los ‘gestores’, ni en la oposición al sistema desde el campo de la Academia tradicional,

por parte de los ‘investigadores’ (como si tener una empresa de arqueología, o trabajar para la administración de cultura supusiese ser más connivente con el sistema que permanecer en un departamento universitario).

Más bien, bajo nuestro punto de vista, las dicotomías implícitas que subyacen a ese debate entre gestión e investigación son las que enfrentan a una cierta concepción de ciencia (o, en general, de saber) y de técnica. No se puede enriquecer un debate sobre la condición sociológica de la arqueología comercial sin replantearse cuál es el alcance epistemológico de dicha práctica: a qué campo del saber se adscribe, si es que se adscribe a alguno.

El debate, a nuestro juicio, debería centrarse en cómo superar estas falsas dicotomías y cómo reinventar su verdadera condición, que es la de una relación dialéctica. Autores como Velandia (2003) reprochan a Hodder, por sus trabajos de finales de la década de los ’80, que considere dicotomía lo que en realidad es relación dialéctica (esencialmente, la relación objetivismo-subjetivismo). Hodder (1998) demuestra una evolución hacia esa misma idea, pero lo que siguen reprochándole es que la llamada a una arqueología postcolonial, democrática y liberal revela una mezcla postmoderna de paternalismo (como si viniese a decir: dejemos que hablen los subyugados) y relativismo (como si dijese: ya que nadie puede demostrar su verdad teórica, abandonemos los problemas de la epistemología). Ya hemos argumentado que, para nosotros, adoptar una perspectiva reflexivista y/o constructivista no significa abandonar el problema epistemológico; que ésa sea una tendencia generalizada no significa que esa perspectiva se deba transformar en paradigma (por eso es preferible hablar de campo CTS, antes que de paradigma CTS).

Para construir nuestra argumentación, nos centraremos en la primera parte de este artículo en una ficticia discusión entre el pragmatismo y la tradición teórica crítica, a fin de comprobar si es posible llevar a cabo una síntesis de estas posturas antagónicas y, a través de ésta, poder abordar el prejuicio que enfrenta a la teoría con la práctica.

En la segunda parte, intentaremos exponer las bases de una arqueología concebida como tecnología para la gestión del patrimonio arqueológico. Esto requiere una ampliación del concepto más común de tecnología, entendiéndola como una legítima forma de saber en la que pueden confluír elementos instrumentales y cognitivos, a la vez que

puede ampliar su campo hacia otras esferas del saber, como la moral y la estética. Esta ampliación de la arqueología, aun estando orientada a la gestión del patrimonio arqueológico, es condición *sine qua non* para poder concebir una *arqueología aplicada* que no pierda su potencial epistemológico, es decir, que suponga una ampliación respecto a una arqueología entendida como una actividad meramente comercial (por muy correcta que sea metodológicamente) y que implique la superación del prejuicio que postula el saber y la técnica como dos ámbitos humanos dicotómicos.

2. Pragmatismo crítico

La definición de un marco teórico-crítico para la arqueología aplicada supone aceptar que *toda actividad racional*, del tipo que sea, *implica conocimiento y acción*. Si una de las grandes dicotomías de la Modernidad es la que se estableció entre teoría y práctica, resulta evidente que intentar superar esa dicotomía, basada en los prejuicios intelectualista y pragmatista, debería ser nuestro primer objetivo.

El *prejuicio intelectualista* se encarna en aquellas actitudes que manifiestan la superioridad del trabajo intelectual sobre toda actividad práctica y/o material, y es evidente la raigambre de dicho prejuicio, con la división entre *sophia* y *techne* en la Grecia clásica, y con la exclusividad del saber para los filósofos. Así pues, hoy en día está muy extendida la opinión de que los que se dedican a la arqueología comercial no hacen, arqueología de verdad, sino otra cosa. Esta postura puede ser criticada desde el punto de vista epistemológico, ya que ignora todo el cuerpo valorativo y cognitivo que subyace a cualquier práctica arqueológica, que es precisamente lo que hace que sea una disciplina que requiere una gran dosis de especialización y que sólo pueden consumir, en su último grado, los ‘expertos’. Además, ignora, como veremos, que en la práctica de la arqueología (como en cualquier práctica) se movilizan conocimientos además del teórico-instrumental. Por último, también debe ser criticado desde el punto de vista moral, pues no es sino el reflejo de un elitismo intelectual bastante grosero. Se podría replicar que también nuestra reivindicación del potencial epistemológico de la arqueología de “gestión” comparte dicho prejuicio (es decir, que lo hacemos porque, si no, tampoco nos parecería arqueología de verdad). Nosotros repli-

caríamos que lo que buscamos no es subsumir a la “gestión” dentro de la investigación” (toda arqueología sigue siendo arqueología) sino una reintegración de las dos dimensiones de la disciplina: por eso hablamos de la Arqueología Aplicada como lugar de esa reintegración.

En relación con la postura desde la que se podría hacer esta última réplica a nuestra argumentación se sitúa el *prejuicio pragmatista* (¿por qué tiene que generar conocimiento teórico para ser considerada arqueología? ¿No basta con que use las técnicas y los métodos de la disciplina para ello?). Si la época del funcionalismo se caracterizó por intentar dotar de un marco teórico sólido a una práctica cuyos intereses se hallaban, implícita o explícitamente, en consonancia con la dinámica reproductora del sistema, la época actual se caracteriza por un predominio abrumador de las actitudes pragmáticas, sin necesidad de cobertura teórica, pues es la racionalidad tecnológica en la que se manifiestan estas actitudes su propio criterio de justificación, a través de conceptos como la utilidad, la eficacia, la operatividad, etc... La teoría no tiene relevancia práctica. Esto es lo que sostiene Rorty (2000: 131) cuando habla de lo innecesario de un ideal regulativo que nunca se acaba de traducir en la práctica de las acciones. Los argumentos epistemológicos frente a este prejuicio son idénticos a los anteriores: en la práctica arqueológica interviene el conocimiento; por lo tanto, una reflexión teórica sobre esa práctica tendrá, forzosamente, incidencia en la forma en que dicha práctica se materializa (el *know how*, esto no se niega desde el pragmatismo, pero también el *know that*, el saber qué se está haciendo y con qué objetos estamos trabajando).

Los prejuicios intelectualista y pragmatista deberían ser eliminados a través de una estrategia que combinase la capacidad crítica de la teoría con la capacidad transformadora de la práctica. Lo que para nosotros es una **primera premisa** en este sentido es que todo intento de reconciliar ambas pasa por la *asunción de las contradicciones internas de la práctica discursiva*. Ésta puede ser esta una propuesta subversiva para quien siga aspirando a la pureza moral, pero el hecho de vivir en las sociedades del occidente avanzado, y hacerlo sin desgarrarse, implica vivir con nuestra necesaria dosis de cinismo (¿por qué llamarlo de otra forma?): de no ser así, las contradicciones reales y objetivas de la realidad desintegrarían nuestra identidad. La fragmentación identitaria del sujeto postmoderno, tal y

como lo concibe Dufour (2003) es una consecuencia y una condición de posibilidad para que el sistema se reproduzca, pues sólo ante este sujeto fragmentado puede la lógica de las mercancías mantener su ritmo expansivo y penetrar las relaciones sociales. Esta fragmentación definitiva de la identidad, además de suponer la crisis del sujeto freudiano (cuya identidad pugna por emerger frente a la objetividad social), y del sujeto marxista (cuya identidad adquiere sentido en el mundo de la lucha de clases) supone la crisis misma del sujeto racional kantiano, capaz de juicio y crítica, que discierne aquello susceptible de valor de cambio de aquello que no puede ser valorado (la ética), y que, desde luego, es incompatible con esa dinámica expansiva de la forma mercancía y la racionalidad técnica. Este progresivo desmembramiento de la subjetividad se puede interpretar como el final de la deriva que a lo largo de la Modernidad ha marcado el debate en torno a la identidad del sujeto occidental, como señala Hernando (2002: 28 y ss).

Ante esto, Habermas (1989) propone centrarse en aquellos aspectos más resistentes a la dinámica impuesta por los medios sistémicos, que son los de la reproducción simbólica, que todavía está en un incipiente proceso de descomposición. Ahora bien, en nuestra opinión, esta reivindicación no puede efectuarse al margen del sistema y de la racionalidad técnica que lo reproduce, pues el poder expansivo y absorbente de la misma terminaría por asimilarlo, quizás cuando ya estos elementos simbólicos se hallasen más debilitados. Por eso, nuestra propuesta es asimilar las contradicciones internas de la práctica discursiva.

Para ello, partimos de que la supuesta unidireccionalidad y unidimensionalidad del sistema no es tal, que ésa es una imagen proporcionada por la racionalidad técnica y su paradigma epistemológico (el funcionalismo) y de que el sistema tiene sus propias contradicciones internas que no puede diluir, pues lo constituyen de raíz. Así, plantear una estrategia de aislamiento de la arqueología de esa dinámica, de falta de integración en el sistema y en la racionalidad técnica, supone considerar al patrimonio como una entidad a-capitalista, como una no-mercancía. El problema de esta estrategia sería que, más bien a corto plazo, la dinámica del sistema eliminaría esas molestas entidades, como ha venido sucediendo en multitud de lugares sometidos a la marcha incontenible de la modernización. Donde esto no ha tenido lugar ha sido en aquellos

lugares no tocados por la modernización, o en lugares donde esa huella del pasado que es el patrimonio ha sido transformada en una mercancía más, en un recurso económico.

Por otro lado, nuestra propuesta apunta hacia un horizonte de transformación, partiendo de que esta transformación, como históricamente ha venido sucediendo, es un producto de las tensiones generadas por la propia estructura autocontradictoria del sistema. El rol de experto, por lo cerca que nos toca, es un buen campo para aplicar nuestros presupuestos. Si, como defiende Foucault, la realidad se ha hecho suficientemente compleja como para impedir soluciones exclusivamente teóricas y totalizadoras, entonces está claro que la solución concreta al problema de la arqueología está en nosotros mismos, los expertos como intelectuales específicos. Si, además, el poder es co-extensivo, y lo distinguimos convenientemente del dominio, entendiendo éste como el campo de relaciones de dominación que normalmente se entiende como 'poder', tenemos un campo de acción en el que, al menos idealmente, priman las relaciones de intersubjetividad. Nosotros vivimos inmersos en una determinada práctica discursiva y no podemos establecer una falsa distancia, no podemos instalarnos en un falso nivel sobremundano que nos legitime para ejercer una crítica a la totalidad. O podemos hacerlo, pero entonces es evidente que lo que decimos y lo que hacemos son dos cosas muy diferentes. La teoría al margen de la práctica proporciona una independencia al pensamiento crítico (como creían Marcuse o Horkheimer), pero es una independencia que, en primer lugar, es falsa, ya que, en el nivel más profundo del análisis, toda reflexión sobre las prácticas es inseparable del contexto en que éstas se desarrollan (como señalan Derrida y Foucault en numerosos lugares de su obra) y, en segundo lugar, es equívoca, pues esa supuesta independencia del crítico, que le confiere su supuesta pureza moral, no hace sino propiciar el avance real, práctico, material, de un sistema inherentemente expansivo.

Así pues, toda pureza moral, al estilo kantiano, no tendría sentido si se asume el principio de que toda moral es condicional y situacional (como decía Dewey), si se considera que la separación de hechos y valores perpetúa la división weberiana entre una ética de la convicción y una ética de la responsabilidad cuyo resultado más evidente es que el sistema ha podido reproducirse sin obstáculos

frente a una esfera práctico-moral que ha sido arrinconada y mantenida, voluntariamente en muchos casos, al margen de la lógica profunda del mismo.

Si Marcuse (1993) acertaba al pensar que ninguna práctica científica es neutral y siempre reproduce el sistema, se equivocaba al pensar que la filosofía poseía un rango diferente, alejado de los problemas terrenales. La crítica, si ha servido para algo desde Marx, ha sido para introducir la teoría en la práctica, y para transformar la realidad positivamente (no en el sentido de que esa transformación tuviese efectos intrínsecamente buenos o valiosos, sino en el sentido de que, efectivamente, la realidad se transforma a través de la combinación de teoría y práctica). De forma que identificar toda práctica con reproducción del sistema y toda crítica negativa con oposición al sistema es radicalmente falso, pues supone identificar al sistema como una entidad monolítica, sin fisuras y sin contradicciones; en definitiva, la imagen que del sistema pretende ofrecer el neopositivismo.

De lo que se trataría, sin embargo, no es de asumir los principios del pragmatismo acríticamente, como sugerirían los neopragmatistas como Rorty o Fish. Para nosotros, resultan más interesantes las ideas de Foucault acerca de las posibilidades de transformación en el propio modo de producción de la verdad, o las ideas de Habermas acerca de las posibilidades transformadoras que ofrece el principio de integración social que rige las prácticas sociales. En tanto práctica social, la arqueología aplicada tiene acceso a la producción de una determinada verdad dentro de la práctica discursiva del sistema y de la racionalidad técnica, y se articula en torno a un concreto modo de integración social.

Pretendemos, entonces, rescatar dicho modo de integración social de las formas propias de la racionalidad técnica y de la lógica funcional del sistema. En nuestra opinión, esto sólo es posible a través de una potenciación de la *intersubjetividad*, el único modo de paliar los efectos producidos por la crisis del concepto de 'verdad' objetiva e inmutable propia de la Modernidad, y esto, que es nuestra **segunda premisa**, nos proyecta hacia una perspectiva fundamentalmente pragmática.

Previamente, conviene extenderse algo en el tema de cómo se manifiestan en la arqueología aplicada los efectos de la cosificación, tal y como los concibe Habermas (1989): como un principio de autoconservación sistémica que pasa por encima de las prácticas de socialización comunicativa. Ha-

bría que entender este proceso como un desacoplamiento entre los nexos funcionales y los nexos comunicativos de toda práctica social. Esto es lo que propiciaría que el conocimiento generado en la arqueología aplicada, en su vertiente más puramente técnica, se reifique. Este conocimiento no se pierde, se archiva; pero, en primer lugar, no tiene más trascendencia social que legitimar proyectos de modernización que sí van a tener una incidencia social; en segundo lugar, dado que no revierte al entorno profesional más que tangencialmente, no favorece la conformación de una estrategia intersubjetiva en dicho entorno (no se generan soluciones comunes para problemas comunes).

Otro síntoma de la cosificación es el aislamiento entre los expertos y la sociedad, que se produce en una doble dirección: la sociedad no recibe el conocimiento experto generado en la actuación, y percibe además dicho conocimiento como algo ajeno a su propio ámbito de acción, como una instancia sistémica en la que el agente social no tiene opción de participar (éste es el sometimiento de los agentes sociales a la cultura experta que denuncia Habermas). Por otro lado, el experto que no involucra la perspectiva de los agentes sociales implicados, incluso las propias contradicciones que se dan entre éstos, y de éstos con el proceso de modernización, no puede percibir enteramente la problemática patrimonial que pretende resolver.

Ahora bien, instaurar los necesarios canales de intersubjetividad requiere una estrategia de consenso, que se convertirá en el único modo de articularlos. Este consenso debe darse entre los propios expertos, a través de mecanismos de comunicación y puesta al día en distintas facetas relacionadas con cuestiones metodológicas. Pero también entre los expertos y los agentes sociales implicados, lo que resulta bastante más complejo, puesto que toda práctica social se puede definir como un conflicto de intereses a varias bandas. No consistiría, como en las lecturas más simplistas al respecto, en enfrentar los intereses de los grupos dominantes (grandes corporaciones, empresas privadas, obras públicas) con los de un pueblo indefenso ante las agresiones del sistema. El pueblo también integra la práctica discursiva de la modernización, en la que la arqueología aplicada se ve inmersa. Generalmente, incluso, los intereses de los agentes sociales son coincidentes con los del grupo dominante. En Galicia, en la periferia de Europa, todo proyecto modernizador es, a grandes rasgos, bien recibido,

incluso acriticamente recibido. Pero esta es la percepción que se tiene cuando se igualan los distintos intereses que constituyen el cuerpo social; en realidad, las voces críticas sólo se dejan oír cuando dichos proyectos afectan a intereses particulares.

Por otra parte, esta implicación directa de los agentes sociales con la práctica discursiva de la modernización va a conllevar el que se dé un enfrentamiento entre diversas formas de modernización: la que encarnan los agentes sociales afectados y la que supone el proyecto que incide sobre el territorio. Podría ser el caso, por ejemplo, de una autovía que vaya a atravesar una zona de cultivos comerciales. No se puede decir que dichos cultivos sean más agresivos que el proyecto de autovía, ni mucho menos ignorar que dichos cultivos son el medio de vida de la población local, pero sí es cierto que lo que se está dirimiendo no es un conflicto entre la modernización y el modo de vida tradicional, sino entre dos formas de modernización, lo que manifiesta esas contradicciones reales que son internas a la práctica discursiva del sistema. En este caso, lo que es evidente es que los procedimientos de evaluación de impacto socio-económico deben funcionar a diferentes niveles y deberían (aunque no conocemos ningún caso) integrar la perspectiva del patrimonio cultural y el Medio Ambiente en su seno. No es cuestión de mantener al patrimonio cultural apartado de los procesos económicos de desarrollo y de modernización, sino de integrarlo en ellos, considerando la posibilidad de otros modos de desarrollo diferentes, y asumiendo unas contradicciones reales, implícitas en el discurso de la modernización.

El consenso es así la condición de posibilidad para introducir la ética y la estética en el modo de racionalidad técnica, como un componente operativo más dentro del sistema (Queraltó 2000), y hacerlo de forma que ésta no corra el riesgo de su instrumentalización, pues el ideal regulativo no reside en un fin intrínsecamente valioso, sino en aquellos asertos que son susceptibles de crítica y se encuentran intersubjetivamente compartidos. Que estos asertos de verdad no se puedan caracterizar como verdad absoluta no significa que no tengan relevancia práctica (como acusa Rorty), ya que, en este caso, habría que preguntar a Rorty si las certezas cotidianas, que forman parte del mundo de la vida al haber sido asumidas por la colectividad, no tienen una relevancia práctica. Cabría preguntarle a Rorty para qué sirven el derecho y la legalidad, si

no es para regular los procesos de socialización, aunque cambien y evolucionen continuamente. Y, con ello, si no es de relevancia práctica esta regulación, aunque se fundamente en una verdad indemostrable. Y es cuando estas reglas son visiblemente injustas para una parte importante de la colectividad, o cuando se manifiesta una evidente separación entre el espíritu de la norma y su aplicación, cuando se puede entrar en una dinámica transformadora y se puede cuestionar la verdad sobre la que se construyen las leyes para construir otra verdad y otras leyes.

Que las normas y reglas que rigen la arqueología aplicada deben ser intersubjetivamente compartidas significa que existe un cuerpo legal que administra la actividad arqueológica, pero también que ese cuerpo legal es susceptible de modificación, a través del consenso si es posible. Este objetivo, y de ahí que la interiorización de la contradicción sea la primera premisa de nuestra propuesta, implica trabajar desde dentro de la práctica discursiva porque es ahí donde operan los mecanismos conceptuales y prácticos que la constituyen. La legalidad es la manifestación normativa, pero la vida social late bajo ella.

Otro punto de consenso debe ser buscado en el terreno antagonista. Ha sido con el paso del tiempo y con base en el diálogo como las grandes empresas modernizadoras han ido asumiendo algunos principios básicos provenientes del mundo de la arqueología aplicada. Para llegar hasta donde estamos, que es el inicio del camino, ha habido que transigir en más de una ocasión con intereses opuestos a una gestión del patrimonio 'moralmente pura'; es decir, que velase sólo y exclusivamente por los intereses del patrimonio. La propia estructura procedimental en temas de gestión del impacto hace que esto sea imposible, pues el vínculo que se establece entre experto y promotor es clientelar: el experto se debe, prioritariamente, a los intereses de la empresa que le contrata. Lo que ha venido cambiando, pero debe cambiar mucho más, es el comportamiento de las empresas hacia el patrimonio. Y esto ha sido posible porque se ha dado un primer paso: conseguir que las empresas asuman los intereses del patrimonio como parte de sus propios intereses.

Pero velar por los intereses del patrimonio no es lo mismo que velar por la materialidad del patrimonio, que es lo que muchos parecen entender. Es cierto que, dentro de las estrategias de desarrollo

sostenible, la preservación de los bienes culturales para las generaciones futuras es una acción básica, a lo que habría que añadir los propios derechos que el patrimonio posee en tanto "huella del olvido" depositario de las racionalidades que nos han precedido (Criado 2001a). De este modo, es evidente que el patrimonio arqueológico, como entidad material e inmaterial, debe ser preservado. Lo que ocurre es que su propia existencia, en ocasiones, es incompatible con la dinámica modernizadora. Se puede abordar el problema desde todas las ópticas posibles, pero lo que es inapelable es que sólo hay una forma de que esto no ocurra anárquicamente: entrar de lleno en la dinámica modernizadora y trabajar progresivamente en la busca de modelos más respetuosos con el patrimonio. Es posible y deseable proponer modelos alternativos de desarrollo, o incluso de decrecimiento, pero es imprescindible trabajar en el seno de los modelos actuales para hacer posibles aquéllos. De no ser ésta la actitud de integración que oriente el trabajo, nuestra pureza moral y nuestra integridad pueden quedar a salvo, pero no el patrimonio.

Nosotros optamos por el consenso (entendido como un medio para el entendimiento, no como un fin en sí mismo) porque creemos que trabajar de tú a tú con los promotores, con los agentes modernizadores, supone aceptar que detrás de todo movimiento sistémico están las personas. Hablar contra el modelo actual de desarrollo, en abstracto, viene a ser como reconocer que los procesos sistémicos sólo son transformables desde instancias ajenas a dichos procesos, cuando hemos visto que no es así, y que no por mantenernos alejados de los mismos nuestra implicación en su dinámica va a ser menor. Hablar directamente con los agentes modernizadores supone que se les está haciendo partícipes de nuestra verdad pero, además, que se les está evidenciando que sus intereses no son unívocos, y que tienen mucho que ganar integrando la gestión del patrimonio cultural en sus proyectos.

En lo que atañe a nuestra propuesta ética, el segundo punto fundamental es el que incide en la necesidad de abrir canales de intercomunicación entre expertos. El gran problema es la fragmentación que afecta a la práctica arqueológica. Es evidente que cuanto mayor sea la fortaleza de la arqueología profesional independiente mayores serán las posibilidades de que ésta, a su vez, afronte con garantías la tarea de modificar paulatinamente el comportamiento de ingenieros y promotores hacia una

racionalidad más práctica que técnica, en la medida en que incorporen a sus criterios de operatividad y eficacia las necesidades y posibilidades de la gestión patrimonial.

Este contexto entre expertos afecta a tres ámbitos básicos de la arqueología aplicada, y al más amplio ámbito de la intervención ambiental y socio-económica, y cada uno debe asumir las responsabilidades necesarias para lograr esa consolidación de la intersubjetividad.

a) *Los arqueólogos independientes* deben sumar esfuerzos, en la línea de lograr una comunicación entre ellos y con otras instancias, para poder consolidar las posiciones alcanzadas. El incremento de conocimiento que está a la base de un nuevo modo de hacer arqueología aplicada es en su propio beneficio, y deben aportar sus perspectivas particulares y su experiencia.

b) *La Academia* debe proporcionar el marco y los canales adecuados para ese incremento de conocimiento, debe coordinar su gestión, asumir las inquietudes y necesidades de los arqueólogos independientes y reorientar la investigación en función de éstas.

c) *La Administración de Patrimonio* debe interiorizar las formulaciones que desde la Academia le llegan, asumiendo una posición de defensa del arqueólogo independiente frente a las presiones económicas directas que éstos sufren. Respecto a las presiones políticas que desde su propio ámbito le llegan, que transmiten presiones económicas, deben asumir que la mayor fortaleza de las otras instancias también actúa en su beneficio, pues es el contacto directo de la arqueología profesional independiente con el mercado el que posibilita que ésta, más consolidada, pueda incidir en el curso de la modernización.

d) *Los expertos afines*, ya en un segundo momento, deben ser partícipes de ese nuevo modo de producción de conocimiento, e intentar generar, a su vez, cauces de intercomunicación con los expertos procedentes de otras áreas afines (entre ellas, la arqueología aplicada).

Hasta aquí la argumentación referente al pragmatismo crítico como estrategia axiológica para una nueva arqueología aplicada. Los componentes pragmáticos, sintetizando, pretenden la superación del prejuicio intelectualista, que reniega de toda fundamentación teórica para la práctica y estigmatiza a ésta como mera función reproductora del sistema. Creemos que el no dar la espalda a las contradicciones reales, el trabajar en sus resquicios, es una

maniobra crítica de bastante mayor alcance que la crítica efectuada desde las torres de marfil de la intelectualidad. Como tan bien ha denunciado Bourdieu (2002), “es como si los sabios se creyeran doblemente sabios por no hacer nada con sus conocimientos”, mientras lo cierto es que toda práctica científica sólo puede ser evaluada en la práctica.

La propuesta se basa, como ya se ha expuesto, en la intersubjetividad. Creemos que ésta es la única salida para evitar una fragmentación del conocimiento experto que sólo beneficia a intereses económicos inmediatos. Será ésta nuestra propuesta para evitar que el objetivo cognoscitivo se subordine a intereses económicos ajenos (Vicent 1991). Sin embargo, un segundo frente de argumentación se abre en este punto, pues habiendo postulado la interiorización de las contradicciones y el incremento de conocimiento intersubjetivo como la base pragmática para una nueva forma de hacer arqueología aplicada, se hace necesario profundizar en el tipo de conocimiento que es generado por ella y en cómo operan los mecanismos para su producción y gestión. O lo que es lo mismo, a la superación de la dicotomía entre los prejuicios cientificista y tecnicista. Para ello, debemos conceptualizar la arqueología aplicada como un modo tecnológico de producción de conocimiento.

3. Entre la ciencia y la técnica

El incremento en los últimos años de las demandas tecnológico-científicas que la conservación del Patrimonio Cultural requiere se debe, fundamentalmente, a su conversión en un recurso económico y social. Como disciplina encargada de la producción y gestión del patrimonio arqueológico, que es una parte sustancial de ese patrimonio cultural, la arqueología aplicada se constituye como una práctica inmersa en el proceso de tecnologización. No obstante, conviene discernir entre una dimensión metodológica, centrada en los aspectos prácticos concretos que contribuirían a esta adaptación tecnológica de la disciplina (Blanco *et al.* 1998, VVAA 1999) y una dimensión teórica, a través de la que la arqueología aplicada debe ser conceptualizada, en sí misma, como una tecnología para la producción y gestión del patrimonio arqueológico y del conocimiento en relación con éste. Es esta dimensión teórica la que ahora nos ocupa, para lo que debemos comenzar por intentar superar el prejuicio

cientificista y tecnicista. Ambos se fundamentan en una estrategia conceptual reduccionista, y suponen las dos caras de la misma moneda.

El **prejuicio científicista** se basa en la negación de la posibilidad de que una técnica implique un conocimiento no instrumental. Sin embargo, como ya hemos dicho, la desvinculación de técnica y conocimiento fue un proceso histórico generado con el nacimiento de la filosofía en Grecia. La forma que adopta en arqueología, de ahí su peligro, estriba en que, bajo la defensa de la arqueología aplicada frente al prejuicio intelectualista, atrincherado en una Academia celosa de sus privilegios epistemológicos, se esgrime como argumento el que la arqueología aplicada a la gestión del patrimonio también genera conocimiento histórico, esto es: datos. Esto ya es indudable, y apenas se oyen voces en sentido contrario. Pero el prejuicio científicista reside en lo que afirma: que sin generación de conocimiento histórico, la arqueología aplicada no tendría sentido. Es decir, no se concibe otro conocimiento más que el histórico, si la arqueología quiere seguir siendo considerada como científica. A esto es a lo que se refiere el *establishment* académico cuando afirma que “toda Arqueología es investigación”. Nosotros intentaremos demostrar que hay otros tipos de conocimiento inmersos en la arqueología aplicada.

Como el reverso de la moneda, el **prejuicio tecnicista** señala el carácter eminentemente técnico de la arqueología, y no sólo de la aplicada. La versión más conocida es la que considera a la arqueología como una técnica auxiliar de la Historia. Es evidente que la arqueología y la historia (y la historia del arte, y la etnografía, y la geografía humana) son disciplinas con un alto índice de complementariedad, pero no de subsidiariedad. De hecho, esta complementariedad se ha visto fuertemente atacada por la fragmentación e hiperespecialización disciplinar. La cuestión es que el prejuicio tecnicista niega a la arqueología, y más a la arqueología aplicada, el estatuto de científica, buscando descargar a la disciplina de toda responsabilidad social.

Como suele suceder, en ambos prejuicios subyace un momento de verdad. Es cierto que una arqueología que no genere conocimiento histórico parece menos arqueología. Sin embargo, como señala Criado (2001b), la inteligencia arqueológica no revela sólo significados relacionados con los acontecimientos históricos en su sentido tradicional. La arqueología del paisaje, la arqueología de la cultura

material, la arqueología de la arquitectura, la arqueología rural... son líneas de acción específicamente arqueológicas, basadas en el empleo de metodología arqueológica y que producen conocimiento arqueológico. Que este conocimiento no se considere como histórico, o que se considere subsidiario de éste, es otra cuestión que no vamos a entrar a dilucidar aquí. Lo que nosotros proponemos es que, incluso asumiendo estos presupuestos, hay otros tipos de conocimiento que sólo y específicamente puede producir una arqueología orientada a la gestión del patrimonio en conflicto con la modernización.

Por otro lado, es cierto que la práctica arqueológica es, en buena parte, técnica. Pues si “una técnica es una clase de realizaciones técnicas equivalentes respecto al tipo de acciones, a su sistematización, a las propiedades de los objetos sobre los que se ejercen y a los resultados que se obtienen” (Quintanilla 1989: 33-4), entonces, en la arqueología tendrían cabida muchos tipos de técnicas, que implican operaciones conceptuales y físicas concretas.

Esto último nos llevaría a concebir la arqueología, cualquier tipo de arqueología, no sólo la aplicada, como una tecnología (e incluso a concebir toda arqueología como arqueología aplicada). Sin embargo, vamos a relegar este argumento en este punto, dado que nuestro interés (al menos de momento) no es conceptualizar la arqueología como una tecnología *per se*, sino hacerlo orientándonos hacia un fin, que es la gestión integral del patrimonio cultural, lo que no sólo implica la gestión de la práctica arqueológica (excavar un yacimiento como un fin en sí mismo también implicaría una labor técnica y de gestión, como señalan Querol y Martínez 1996), sino la gestión de todo lo que acarrea esa práctica en cuanto práctica social (que parte de la indisociabilidad de los procesos instrumentales y cognitivos).

Por lo tanto, concebir la arqueología aplicada como una técnica no es suficiente; y hacerlo como una ciencia es problemático. Llegado es el momento de empezar a hablar de la arqueología aplicada como una Tecnología, como un saber hacer que implica y produce distintos tipos de conocimiento (operacional, representacional, relacional) y que implica distintas acciones (cognitivo-instrumentales, práctico-morales, expresivo-estéticas) orientadas según la disposición y necesidad social de conocimiento, que a su vez es generado por dichas acciones, en el marco de una práctica discursiva en la que conocimiento y acción se integran.

Así, una arqueología concebida como tecnología no ve menoscabado su potencial epistemológico. En tanto técnica, exige un saber operacional (*know-how*) y un saber representacional (*know-that*), que necesitan entrenamiento e instrucción. En tanto tecnología, implica una gama de conocimientos que engloba al mero hecho técnico de la arqueología. Ésta trabaja a partir de una serie de conocimientos por sí misma generados, que sobrepasan la acción de prospectar, o excavar, y de otros conocimientos que provienen de otros procesos, tanto cognitivos como morales e incluso estéticos.

Estos procesos entran en contacto con la arqueología como técnica a través de la capacidad relacional que la racionalidad técnica posee. Esto es lo que permite establecer vínculos entre los distintos objetos que constituyen el registro arqueológico. La instrumentalidad de los entes gestionados exige enfatizar el componente relacional, que dota de nuevo significado a los objetos en sus relaciones con otros objetos y con los propios sujetos del presente.

Pero este nuevo significado, este incremento del conocimiento, asume nuevos valores cuando se pone en relación con conocimientos previos adquiridos a través de la interpretación previa del registro, es decir, a través del conocimiento acumulado sobre las clases a las que se adscriben los objetos que son gestionados y sobre las relaciones que se establecen, apriorísticamente, entre dichas clases. Este conocimiento acumulado proviene, como es lógico, de la experiencia arqueológica global (no sólo de los agentes implicados en el momento presente) previa a la acción presente.

Pero, además, una correcta gestión de los entes exige ampliar la relación a distintas clases de objetos, con lo que la gama de conocimientos implicados se amplía una vez más. Esto no sería relevante, dado que cualquier técnica es potencialmente susceptible de gestionar distintas clases de objetos (un carpintero puede hacer puertas, ventanas, mesas o sillas), si no fuese porque, en un momento dado, aparece el elemento interpretativo, es decir, la capacidad de relacionar los objetos gestionados con instancias actualmente ajenas al mismo (siguiendo con el ejemplo, un carpintero puede –y debe– conocer las virtudes de las distintas maderas y la mejor técnica para trabajarlas, pero no necesita saber botánica, no necesita saber cuáles son los procesos vitales de una determinada especie de árbol, la razón por la que tal o cual madera tiene éstas o aquellas propiedades). Por el contrario, un experto arqueó-

logo puede no saber por qué los yacimientos de una u otra época presentan distintos patrones regulares de emplazamiento, pero eso supondrá una disminución en la calidad de su trabajo; la cuestión es si esa merma de calidad es suficientemente importante como para suponer una merma en los objetivos que se le exigen, pero eso es otro tema.

Indudablemente, en este punto es en donde habría que establecer la diferenciación entre un saber puramente técnico (el del carpintero) y un saber experto (el del arqueólogo). Es decir, el saber hacer de la arqueología exige, como el de cualquier técnica, entrenamiento e instrucción, amén de una destreza que le permita competir, pero también toda la gama de conocimientos adyacentes al buen hacer de dicha técnica, que proceden de otras disciplinas no arqueológicas (la historia, la antropología, la geografía física y humana, etc.).

A su vez, estos conocimientos, que constituyen la acción cognitivo-instrumental, en la arqueología aplicada deben ponerse en relación con otros ámbitos de la experiencia. Al producir Patrimonio Arqueológico (no sólo Registro Arqueológico), la arqueología aplicada entra en contacto directo con el dominio político, en tanto es responsable de sus acciones ante la Administración, que en España es la depositaria de la legitimidad que permite al experto actuar arqueológicamente. Por lo tanto, más allá de una ética profesional, que le mueva a establecer un parámetro mínimo de calidad en sus trabajos (que también debería tener el carpintero), hay una dimensión axiológica en su trabajo, que proyecta a esta arqueología más allá del nivel cognitivo-instrumental.

El experto, entonces, debe ejercer constantemente acciones que no se pueden caracterizar como cognitivas en su sentido tradicional, pero sí como práctico-morales. Esta dimensión práctico-moral mueve conocimientos que son igualmente susceptibles de transformación y acumulación, pero que se refieren al mundo social en el que desarrolla su acción el experto. Esta identificación entre ética y epistemología ya la encontramos en algunos autores (Dewey, Putnam, Marcuse), y nosotros suscribimos que esta dimensión cognitiva de la experiencia ética es la que posibilita la transformación de normas y valores.

Además, en tanto el fin de la arqueología aplicada es la socialización del patrimonio (aunque se trate de una socialización no exenta de contradicciones, como hemos visto), incluye así mismo una

dimensión estética. Nuevamente, debemos matizar que la preocupación estética, por sí sola, no quiere decir nada (también el carpintero debería tenerla). Pero, en el caso de la arqueología aplicada, adquiere un rol fundamental, por cuanto la experiencia estética, y sus consecuencias (deseadas o no), es (o debe ser) el fin último de la práctica. Naturalmente, no nos referimos a un concepto restringido de “estética”, reducido al componente meramente recreacional de la socialización, sino a un concepto global que implique la socialización del patrimonio en toda su complejidad.

Por tanto, si se puede caracterizar a la arqueología aplicada de “Tecnología” es porque su práctica moviliza un saber que supera con creces al de una mera técnica, y abarca a toda una serie de conocimientos y valoraciones paralelos y sucesivos. En primer lugar, el saber que moviliza de forma inmediata la arqueología aplicada es un saber cognitivo-instrumental orientado al éxito (siguiendo la terminología de Habermas): es un saber estratégico. Por tanto, aquí estamos hablando de una racionalidad exclusivamente técnica. En segundo lugar, la pragmática de la arqueología (no sólo de la aplicada) moviliza un saber teórico (histórico) que se acopla con el saber instrumental como *feed-back*. Esta relación es la que se establece entre investigación básica y aplicada. En cualquier caso, el acoplamiento del saber teórico (conocimiento histórico) y del saber instrumental es el que configura, en arqueología aplicada, la esfera cognitivo-instrumental de la disciplina.

Pero la arqueología aplicada, como práctica socialmente constituida, moviliza otros saberes. Moviliza un saber práctico-estético, que implica la socialización de los resultados obtenidos a través de la práctica (y de la propia práctica), y que presenta una dimensión formativa y una dimensión divulgativa. La investigación acerca de estas dimensiones implica a los campos de la pedagogía, la crítica estética, la museología (con todo su saber técnico implícito) y la comunicación social, por poner algunos ejemplos. Sin embargo, la temática relativa a este ámbito de trabajo es lo suficientemente compleja como para que no entremos ahora en ella.

Simultáneamente, moviliza un saber práctico-moral, regulado por normas, que funciona socialmente e implica la puesta en juego de unos valores. Por tanto, presenta una dimensión jurídica, una dimensión socio-política y una dimensión ética. La investigación acerca de estas dimensiones no es

exclusivamente arqueológica, sino que moviliza los campos del derecho, de la sociología y de la filosofía. Sin embargo, mantener dichos campos como independientes de la investigación supone mantener una disociación de las esferas de acción que, por un lado, inutiliza para la práctica real de la arqueología aplicada los criterios que pudieran derivarse de dichas investigaciones. Por otra parte, supone que los criterios internos de evaluación (utilidad, eficacia, rendimiento, fiabilidad, homogeneidad, relacionalidad) son los únicos que van a regir la actividad, con lo que se está reproduciendo el modelo de una racionalidad técnica desprovista de elementos de control distintos de los exclusivamente cognitivo-instrumentales. Como ya se dijo, la solución no estribaría tanto en el mantenimiento de unos criterios externos de regulación y crítica, al modo kantiano, sino de introducir (o reintroducir) los componentes práctico-morales como criterios operativos del sistema. Esto no supone una tecnologización de la esfera práctico-moral, contra lo que pudiera parecer, pues dicha esfera sigue siendo independiente de la cognitivo-instrumental (y no depende de nuestra voluntad, además, hacer que no sea así), sino más bien una moralización del saber cognitivo-instrumental.

Además, el mantenimiento de una doble dimensión dentro del saber práctico-moral sigue siendo fundamental, y aquí es donde entrarían en juego las premisas derivadas del pragmatismo crítico postulado más arriba. Por un lado, la adaptación a las normas y regulaciones vigentes supone la movilización de presupuestos pragmáticos de acción; en tres palabras: la aceptación de las reglas del juego. Por otro lado, el mantenimiento de un ideal regulativo posibilita la crítica de los valores normativos vigentes. La diferencia con la dicotomía weberiana entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad radica en que esa distinción, si bien pertinente, aquí no implica una dicotomía, sino que se trataría de una relación dialéctica. La contradicción se interioriza, no se normaliza ni se anula.

Por último, se postula que dicho ideal regulativo que orienta la crítica es, a su vez, susceptible de crítica, con lo que entraría en juego la segunda premisa antes explicada: la intersubjetividad necesaria para paliar los efectos de la fragmentación identitaria que esa interiorización de la contradicción podría provocar. El mantenimiento de los presupuestos comunicativos implícitos en toda acción humana se convierte en requisito indispensable para que esa

moralización de la razón técnica pueda hacerse efectiva; de no ser así, el saber práctico-moral permanecerá, en el mejor de los casos, alejado de las acciones guiadas por la racionalidad cognitivo-instrumental. En el peor de los casos, acabará siendo absorbido en su totalidad por ésta.

4. Conclusiones

En síntesis, la arqueología concebida como tecnología supone sólo una parte de lo que la arqueología es en tanto práctica social, como encarnación de distintos tipos de saber. La arqueología aplicada es una tecnología, pero no puede ser descontextualizada del mundo social en el que tiene lugar. La arqueología aplicada como tecnología es un medio para la producción y gestión del patrimonio arqueológico, no un fin en sí misma, pero es necesario integrarla en un programa de investigación más amplio que abarque otros saberes además del cognitivo-instrumental. Una gestión del patrimonio que finalice donde lo hace una arqueología concebida como saber cognitivo-instrumental no tiene sentido; debe proyectarse hacia su socialización mediante la incorporación de otros saberes y racionalidades.

Este nuevo programa de investigación, denominado Arqueología y Sociedad, pretende concebir como su objeto de estudio a la arqueología como práctica social, para lo que debemos concebirla no sólo como una tecnología para la gestión integral de patrimonio, sino también como una práctica social normativizada y como una tecnología para la

socialización. A grandes rasgos, se pretende trasladar la investigación al campo CTS, englobando, y no suprimiendo, las líneas de investigación, tanto básica como aplicada, que se han venido desarrollando hasta el momento.

Hemos tratado de sintetizar brevemente una propuesta que, en realidad, ha ido gestándose a lo largo de los años, y cuyo desarrollo ha sido posible, además, merced a la colaboración de todos los miembros del LAr-LPPP. Por lo tanto, somos conscientes de que una de las grandes virtudes de nuestra propuesta es, al mismo tiempo, una gran debilidad: la de haber sido diseñada desde un lugar concreto y singular. Por lo que cualquier pretensión de universalidad sería un error por nuestra parte.

Es por esto que hablamos de propuesta, y no de fundamentación. Y, además, de una propuesta realizada desde y para la academia, porque lo que pretendemos es, en primer lugar, hacer un llamamiento a la reflexión por parte del mundo académico, para que el mundo de la arqueología “de gestión” no sea dejado de lado. En segundo lugar, porque creemos que es la Academia quien tiene que ofrecer los medios y mecanismos epistemológicos, axiológicos, teóricos, metodológicos e incluso tecnológicos para que la disciplina no se desintegre ni se escinda definitivamente. En tercer lugar, porque es la Academia quien tiene que hacer una propuesta de carácter abierto y plural, en la que las distintas sensibilidades y experiencias de los otros sectores tengan cabida igualmente. Depende de nosotros el que esto sea posible o se quede en un modesto sueño.

AGRADECIMIENTOS

A todos y cada uno de mis viejos y nuevos compañeros del Laboratorio de Arqueología, del CSIC, y del Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente y Paisaje, unidad de la Universidad de Santiago de Compostela asociada al CSIC, cuyo trabajo ha hecho posible el mío.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMADO, X.; BARREIRO, D.; CRIADO, F.; MARTÍNEZ, M^a DEL C. (2004): *Especificaciones para una gestión integral del impacto desde la Arqueología del Paisaje*. Trabajos en Arqueología e Patrimonio 26, Santiago de Compostela.
- BARREIRO, D. (2000): *Evaluación de impacto arqueológico*. Criterios y Convenciones en Arqueología del Paisaje 14, Santiago de Compostela.
- BLANCO, M^a T.; PRESMANES, B.; BALDINI, U.; GUARINO, A. (1998): *Primer informe sobre tendencias en la conservación del Patrimonio Cultural: demandas tecnológicas y científicas*. ANEP, Madrid.
- BOURDIEU, P. (2002): En defensa de un saber comprometido. *Le Monde Diplomatique* (edición española), febrero, 2002.
- BURILLO, F. (dir.) (1999): *Sistemas de Valoración Patrimonial de los Enclaves Arqueológicos de Aragón*. Cuadernos de Trabajo sobre el Patrimonio Cultural, Teruel.
- CRIADO, F. (1996a): La Arqueología del futuro, ¿el Futuro de la Arqueología? *Trabajos de Prehistoria*, 53 (1): 15-35.
- CRIADO, F. (1996b): Hacia un modelo integrado de investigación y gestión del Patrimonio Histórico: la cadena interpretativa como propuesta. *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 16: 73-8.
- CRIADO, F. (2001a): La Memoria y su Huella. *Claves de Razón Práctica*, 115: 36-43.
- CRIADO, F. (2001b): Problems, functions and conditions of archaeological knowledge. *Journal of Social Archaeology*, 1 (1): 126-146.
- DARVILL, T. (1994): *Monuments Protection Programme. Monuments Evaluation Manual. Parts I & II*. English Heritage, Londres.
- DEEBEN, J.; GROENEWOUDT, B.J.; HALLEWAS, D.P.; WILLEMS, W.J.H. (1999): Proposal for a practical system of significance evaluation in archaeological heritage management. *European Journal of Archaeology*, 2 (2): 177-200.
- DÍAZ-DEL-RÍO, P. (2000): Arqueología Comercial y Estructura de Clase. *Gestión Patrimonial y Desarrollo Social*, Criterios e Convenciones en Arqueología da Paisaxe 12 (Bóveda, comp.), Santiago de Compostela.
- DUFOUR, D.-R. (2003): Servidumbre del hombre liberado. *Le Monde Diplomatique* (ed. esp.), octubre, 2003.
- ECHVERRÍA, J. (1995a): *Filosofía de la Ciencia*. Akal, Madrid.
- ECHVERRÍA, J. (1995b): El pluralismo axiológico de la ciencia. *Isegoría*, 12.
- ECHVERRÍA, J. (1999): *Introducción a la metodología de la ciencia: la filosofía de la ciencia en el siglo XX*. Cátedra, Madrid.
- FOUCAULT, M. (1988): El sujeto y el poder. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (H. Dreyfus y P. Rabinow), UNAM, México.
- FUNTOVICZ, S.; RAVETZ, J. (2000): *La Ciencia posnormal. Ciencia con la gente*. Icaria, Barcelona.
- GONZÁLEZ, M.; LÓPEZ, J.A.; LUJÁN, J.L. (1996): *Ciencia, Tecnología y Sociedad. Una introducción al estudio social de la ciencia y la tecnología*. Tecnos, Madrid.
- GONZÁLEZ, M. (1999): Investigación y puesta en valor del Patrimonio Histórico. Planteamientos y Propuestas desde la Arqueología del Paisaje. Humanidades y Ciencias Sociales 1999. Tesis doctorales en CDRom. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago.
- HABERMAS, J. (1999): *Teoría de la Acción Comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*. Taurus, Madrid.
- HERITAGE COUNCIL (1998): *Archaeology and forestry in Ireland*. Wordwell Books, Dublin.
- HERITAGE COUNCIL (1999): *Impact of agricultural schemes and payments in aspects of Ireland's heritage*. Wordwell Books, Dublin.
- HERITAGE COUNCIL (2000a): *Review of Archaeological Assessment and Monitoring Procedures in Ireland*. Wordwell Books, Dublin.
- HERITAGE COUNCIL (2000b): *Archaeology and Development: Guidelines for Good Practice for Developers*. Wordwell Books, Dublin.
- HERNANDO, A. (2002): *Arqueología e Identidad*. Akal, Madrid.
- HODDER, I. (1988): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
- HODDER, I. (1998): Trazando el mapa del pasado postmoderno. *Trabajos de Prehistoria*, 55 (1): 5-17.
- IRANZO, J.M.; BLANCO, R.; GONZÁLEZ, T.; TORRES, C.; COTILLO, A. (1994): *Sociología de la ciencia y la tecnología*. CSIC, Madrid.
- LAMO, E.; GARCÍA, J.M^a; TORRES, C. (1994): *La sociología del conocimiento y de la ciencia*. Alianza, Madrid.
- LLAVORI, R. (1998): Arqueología y Planificación Territorial. Un procedimiento aplicado a la arqueología medioambiental. *Complutum*, 9: 311-34.
- MARCUSE, H. (1993): *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Planeta-Agostini, Barcelona.
- MARTÍNEZ, M^a I. (1990): El arqueólogo como profesional libre en la recuperación del patrimonio. *Jornadas sobre la arqueología como actividad profesional (7-11/05/1990)*, Madrid.

- MUÑOZ, A. (1997): La evaluación de impacto ambiental. Un instrumento efectivo de protección del patrimonio artístico arqueológico en ámbito rural. *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 20: 98-102.
- PICKERING, A. (ed.) (1992): *Science as Practice and Culture*. University of Chicago Press, Chicago.
- QUERALTÓ, R. (2000): El "Caballo de Troya al revés". Diseño de una estrategia ética en la sociedad tecnológica. *Actas del III Congreso de la Sociedad de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia en España* (26-29 abril, 2000), Donostia-San Sebastián.
- QUEROL, M^a A.; MARTÍNEZ, B. (1996): *La gestión del Patrimonio Arqueológico en España*. Alianza Universidad, Madrid.
- QUINTANILLA, M.A. (1989): *Tecnología: un enfoque filosófico*. Fundesco, Madrid.
- RODRÍGUEZ, I. (1998): Nuevas perspectivas en la protección del patrimonio arqueológico en el medio rural. *Complutum*, 9: 298-310.
- RORTY, R. (2000): *El Pragmatismo, una versión: antiautoritarismo en epistemología y ética*. Ariel, Barcelona.
- RUIZ, A.; HORNOS, F.; RÍSQUEZ, C. (1996): Catalogar el Patrimonio Arqueológico. Bases, conceptos y métodos. *Cuadernos del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, VI Catalogación del Patrimonio Histórico*: 28-40.
- SANMARTÍN, J.; CUTCLIFFE, S.H.; GOLDMAN, S.L.; MEDINA, M. (eds.) (1992): *Estudios sobre sociedad y tecnología*. Anthropos, Barcelona.
- SHANKS, M.; TILLEY, C. (1987): *Re-Constructing Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- VICENT, J. (1991): Arqueología y Filosofía: la Teoría Crítica. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 29-36.
- VV.AA. (1998): *Environmental Indicators. For National State of the Environment Reporting. Natural and Cultural Heritage*. Environment Australia, part of the Department of the Environment, Canberra.
- VV.AA. (1999): *Tendencias en la conservación del Patrimonio Cultural: demandas tecnológicas y científicas en Italia y España*. ANEP, Madrid.
- WILLEMS, W.J.H. (1998): Archaeology and heritage management in Europe: trends and developments. *European Journal of Archaeology*, 1, (3).